

escatizar

Fanzine Libertario del Pirineo Aragonés

nº8 noviembre-2021



publicación a-periódica desde lo rural



índice

Presentación

*oscurece, pues es ahora la noche la que nos mece
no me da la vida*

dibujo

revolución climática

Neo Ruralis

biografía: Francesca Saperas i Miró

estira y arrolla

series, distopías, rebeldía, capitalismo y adicción

dibujo

presencia digital

poesía

Se permite y alienta la copia de este material por cualquier medio. Si quieres el pdf para imprimir y difundir, tienes sugerencias, encuentras errores... ponte en contacto.

presentación

escatizar: v. Avivar el fuego desprendiendo de los troncos la parte encendida para sacar la brasa.

Somos muchas, nos conocemos, pero la realidad rural, y más en montaña, es compleja y no siempre podemos compartir como nos gustaría. Este fanzine nace como un medio de expresión de y para las gentes que vivimos en lo rural, pero también abierto al mundo entero. Aquí se expresan y comparten pensamientos y sentires diversos, pero siempre desde una perspectiva libertaria, feminista y antiespecista.

¿Por qué en castellano? Porque las personas que lo lanzamos usamos esta lengua como principal, pero si quieres colaborar, siéntete libre de hacerlo en la lengua en la que te sientas más a gusto.

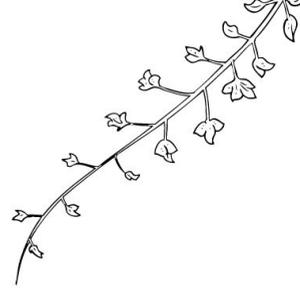
¿A-periódica? Ojalá una periodicidad estable, pero dependerá de la participación, tiempos, ritmos de vida...

Con la intención de hacer llegar estas palabras por toda la redolada, estará disponible en digital y en papel. No dudes en mandar tus textos, dibujos, fotos, creaciones, canciones, artículos, poesías... para poderlas publicar.

*pirineosalvaje@riseup.net
escatizar.noblogs.org*

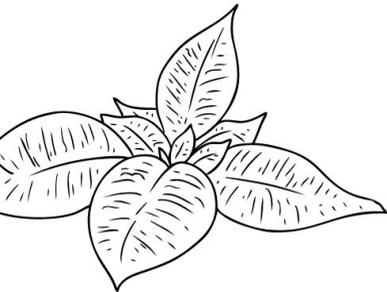
Es hora de escatizar, de avivar las brasas. Somos muchas, estamos candentes, a la espera para arder, cómo arden nuestros deseos de libertad.

Oscurece,
Pues es ahora la noche
la que nos mece,
la belleza de la luz
la que permanece.



Silenciosas,
Un firmamento de almas
continua alumbrando,
estas luciérnagas vibran cantando
avanzan con calma,
luminosas.

Se acaba la senda,
perdura la espera,
se apaga la vela





no me da la vida

agobio y ansiedad en un alter-mundo que no arranca

Si nos remontamos a nuestro pasado de recolectoras-cazadoras, descubrimos que entonces **trabajábamos 2-3 horas al día**. Que ni si quiera se consideraban trabajo. Hacíamos cosas durante 3 horas, que nos permitían sobrevivir y que se integraban dentro de nuestra vida cultural. Probablemente nos gustaba cazar y recolectar. Si lo pensamos, es lo que hace la gente cuando tiene tiempo y dinero.

El 1 de mayo de 1886 se desencadenan en Chicago una serie de sucesos por los cuales pierden su salud, libertad e incluso la vida, numerosos trabajadores con la jornada de 8 horas como principal reivindicación. 8 horas para trabajar, 8 para dormir y 8 para el descanso. Una reivindicación dilatada en la historia, que hoy nos empeñamos en boicotear.

Ni de coña dormimos 8 horas diarias y no nos dedicamos ni de lejos 8 horas diarias de descanso, disfrute u ocio. ¿A dónde se nos va todo ese tiempo? Por supuesto, de esas 8 horas de descanso, hemos de restar las de hacer y disfrutar de la comida, tareas del hogar, desplazamientos y, no menos importantes a día de hoy, las interacciones con la tecnología. Aquí algo falla.

**NO NOS FALTA
SEROTONINA**

No me da la vida, no tengo tiempo, no llego, estoy saturado, no puedo con todo, no se puede hacer más, no da para más... **Algo estamos haciendo mal.**



En el ámbito de la construcción de un mundo mejor, en el que intuyo que se remueven las personas que me rodean, que leen fanzines como este y en el que también me incluyo, esta realidad no sólo no es diferente, si no que parece que se agrava.

Hemos elegido el camino difícil. Pero ¿Tan difícil? Aspiramos a la autogestión de nuestras vidas, a escapar del trabajo esclavo y asalariado, al disfrute de la vida y sus misterios. Pero caemos en una cadena de **agobio, estrés y en definitiva “no llegar”** que arrasamos eternamente; como si anheláramos emular a Sísifo, creyendo haber engañado a los Dioses, pero repitiendo continuamente lo mismo que criticamos.

**NOS SOBRA
CAPITALISMO**

Y parece que vamos surcando una espiral, un círculo vicioso en nuestra búsqueda de la autogestión. El capitalismo y el sistema que nos rodea, también nos aprieta y llena de necesidades que no siempre llegamos a alcanzar por nosotros mismos. Tenemos ideas, proyectos y sueños enfocados en dirección contraria a este sistema, pero no llegamos. Nos urge la necesidad del dinero. Y para conseguirlo de manera rápida y “sencilla”, nos vemos abocados al trabajo asalariado. Donde vendemos nuestro cuerpo, tiempo y salud para conseguir un dinero que nos ayude con esos objetivos.

El tiempo es robado de la cuenta de “nuestro tiempo” para “nuestras cosas”, por lo que al final del día estamos cansados y sin energía para avanzar en lo que nos gustaría. Y así seguimos sin tener una alternativa y volvemos al trabajo. Nos quedan un par de días a lo sumo de descanso (y unas breves vacaciones al año) en los que liberar la espita que sujeta nuestros anhelos, pero todos de golpe. Y no nos da la vida. No podemos hacerlo todo. Así que seguimos posponiendo.

No tenemos tiempo para la autogestión, lo que nos condena al trabajo, lo que nos cansa y lo que no nos deja tiempo para la autogestión.

Y lo peor de todo es el autocastigo. El sentirnos improductivos en aquellos ratitos en los que decidimos descansar o dedicarlos al no-hacer. Y nos quedamos con esa imagen. Y nos frustramos.

Nuestra vida laboral no mejora nuestra vida. Al contrario, reprime a la persona que querríamos ser. Pocas personas dicen en su lecho de muerte “ojalá hubiera pasado más tiempo en el trabajo”.

Uno de los orígenes de este binomio necesidad/trabajo, se encuentra en la privatización de la tierra.

En Inglaterra, en 1217, Enrique, hijo del rey Juan sin tierra, ratifica la Carta Magna y la Carta del Bosque. La primera establece libertades: quedan prohibidas las detenciones arbitrarias (habeas corpus) y las torturas; los juicios seguirán el debido proceso legal y contarán con un jurado formado por pares. La segunda determina los **usos de los comunes**: tierras de pasto, frutos y caza del bosque, madera para hogueras, barcas y casas quedan a disposición de todas las personas. El sustento es también un derecho, como lo son las libertades. De este modo, derechos y libertades quedaron entrelazados en estas Cartas.

800 años han pasado, ¿Qué ha ocurrido desde entonces? ¿Cómo se perdió el derecho al bosque y a la tierra?

Este acuerdo se rompió con el denominado “cercamiento” que se alargó durante varios siglos y que arrebató a las gentes las tierras en las que tradicionalmente habían habitado.

Las élites adineradas cercaron y privatizaron estas tierras, porque **la gente no estaba dispuesta a abandonar su vida y sus cultivos de subsistencia para pasar a trabajar por un salario mínimo en las tierras de otra**. No tenía sentido. Preferían seguir llevando su propio estilo de vida.

Por primera vez en la historia la gente no tenía acceso a los medios que necesitaba para sobrevivir. La única forma era vendiendo sus cuerpos, su trabajo, a cambio de un salario.

Ahora, no sólo hemos elegido abandonar nuestras vidas y autogestión, si no que además pedimos más trabajo. Podría aplicarse al trabajo los versos de una conocida canción: *“ni contigo ni sin ti, tienen mis males remedio; contigo porque me matas y sin ti, porque me muero”*. Como un instrumento de tortura que martirizara tanto al tensar como al destensar, pues sus innumerables víctimas sufren, unas por trabajar otras por estar en paro. No es casual que la civilización occidental moderna haya venido a agrupar bajo el nombre “Trabajos” a aquellas actividades que “liberan” a la humanidad del yugo de la necesidad: la palabra deriva del término romano *tripalium*, un instrumento de tortura.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí, si hace solo tres siglos no existía en Europa una noción tal de trabajo?

Thoreau escribía: “Con respecto a los lujos y comodidades, las personas más sabias siempre han vivido una vida más sencilla y austera que las pobres. Los antiguos filósofos chinos, hindúes, persas y griegos formaron una clase tan pobre en riquezas exteriores, y rica en interiores, como no ha habido otra.”



pre han vivido una vida más sencilla y austera que las pobres. Los antiguos filósofos chinos, hindúes, persas y griegos formaron una clase tan pobre en riquezas exteriores, y rica en interiores, como no ha habido otra.”

Nadie debería trabajar jamás. El trabajo es la fuente de casi toda la miseria existente en el mundo. Casi todos los males que se pueden nombrar proceden del trabajo o de vivir en un mundo diseñado en función del trabajo.

Para dejar de sufrir y poder al fin crear, hemos de dejar de trabajar. Eso no significa que tengamos que dejar de hacer cosas. Significa que hay que crear una nueva forma de vida basada en nuestros propios intereses y necesidades.

No es un objetivo sencillo. Requiere de sacrificios, lucha y esfuerzo. Pero también de apoyo mutuo, creatividad, convivialidad y disfrute. Haciendo un llamamiento a favor de una aventura colectiva basada en el júbilo generalizado y la exuberancia libre y recíproca.

Requiere que nos lo creamos y nos pongamos a ello. **Requiere perder el miedo.**

Y conseguir al fin que “nos de la vida”, que la podamos vivir y no se nos escape volando.

Que tengamos vida.



#Olivo
Reina

Stolisky



revolución climática

Desde que encontramos ese gran tesoro energético bajo nuestros pies, la leña fósil de bosques lejanos en el tiempo, la vida ha cambiado mucho. Aunque no hemos sido muy eficientes en nuestro uso del carbón, petróleo y gas, es impresionante el cambio demográfico, tecnológico y cultural que ha ocurrido tras el hallazgo.

Pero esta herencia se acaba, ahora que ya casi habíamos olvidado cómo fueron las vidas de todas las otras generaciones de personas que vivieron en este planeta sin ella. Y no hay disponible ninguna energía tan barata como ésta. No.

La otra cara de esta orgía energética es una situación climática alarmante. Sólo en Europa han muerto este verano 30000 personas de golpe de calor, dos billones de euros gastados en reparar catástrofes climáticas que se han multiplicado por ochenta en frecuencia, el ritmo de extinción de especies está entre cien y mil veces el ritmo natural, el nivel del mar sube y la mitad de la población humana vive junto a las costas. Calentamiento global, incendios forestales, aumento de la pobreza y la desigualdad, aire viciado de CO₂ y metano; lluvias tan intensas que provocan inundaciones y destrucción de suelos e infraestructuras, mientras que en otras zonas la sequía provoca hambre y migraciones climáticas que irán multiplicándose. La comunidad científica habla claro sobre el futuro, pero la clase gobernante no quiere, o seguramente no puede tomar las decisiones necesarias. La reunión COP26 en Glasgow deja otra foto para la historia de la vergüenza.

La fiesta se acaba: el pico del petróleo pasó, y el del carbón y el del gas, justo ahora también el del uranio. La energía escasea y con ello, se encarece todo lo demás. El crecimiento indefinido capitalista topó hace tiempo con los límites biofísicos del planeta, y la refinanciarización de la economía no hace más que aplazar y agravar el problema. Nadie quiere reducir sus ingresos, los gobiernos siguen hablando de crecimiento en sus presupuestos, y las empresas también. No tienen moral, no podemos esperar otra cosa que su contabilidad cortoplacista de votos y monedas. Y no tienen ningún plan que reconcilie justicia y sostenibilidad con la plusvalía robo que les mantiene.

La agricultura y la ganadería son petrodependientes, y tenemos los suelos muy empobrecidos por el manejo industrial y químico de las últimas décadas. Nuestras casas son petrodependientes, nuestra cultura también. Lo que visitamos, lo que vestimos, lo que comemos, la información de la que hablamos, este fanzine, es petrodependiente.

Las materias primas escasean, y el transporte se encarece. Con lo que nos gustan las conspiranoias y los catastrofismos, y parece que el colapso nos pilla de sopetón.

Vienen cambios. Y frente a los cambios, ya conocemos los perfiles de respuesta:

Negación, alimentada por quien aún hace dinero, por la enorme inercia que llevamos y por la magnitud de los cambios a que nos enfrenta: el problema se nos hace demasiado grande.

Enfado, ira infantil arremetiendo contra falsos enemigos, con reivindicaciones sin posibilidad de éxito: yo quiero recuperar mi chupachups, pateo a mi hermanx y lloro a papá.

Pánico social, haciendo el ridículo como lo hemos hecho con el covid, cuando por fin se acaba la fe en la tecnología, el mercado y las instituciones: soluciones individuales, yo contra el mundo, al estilo de peli yanqui, mi búnker, mi despensa, mis armas.

El ecofascismo aprovecha el tirón del miedo para endurecer políticas migratorias, militarizar, eliminar clases medias, proteger una pequeña élite y quizá poner en marcha programas de “reducción demográfica”.

Ahora bien, un momento. Sería un error mayúsculo por nuestra parte, que nunca hemos confiado en las instituciones y la tecnología, abocarnos a un pesimismo sin ver las potencialidades revolucionarias que nos abre este escenario emergente. ¿Quién va a sufrir más la escasez de energía fósil? Pues quien más gasta ahora: ejércitos, estados, grandes empresas, ricxs. Estamentos que son muy eficientes en sangrar los recursos naturales y humanos en un escenario de petróleo barato, y que de hecho se han desarrollado como un tumor durante este último siglo. La bestia capitalista hambrienta es peligrosa como un cocainómano buscando lo

suyo, pero va tocada...

Se prevé una situación de vacío de poder, una como ésas que han sido a menudo en la historia aprovechadas para extender experiencias de solidaridad, autonomía y apoyo mutuo que normalmente crecen despacio y a la sombra. ¿Cómo de crecidas las tenemos ahora? Pues un poco, pero poco. Hay que darse prisa. Tenemos los siguientes ejes de acción:

- **Lo que puedo hacer yo.** Simplicidad voluntaria, vivir con menos, pero de verdad, y ser feliz. Ser no es tener. ¿Será esto suficiente? ¿Lo va a hacer todo el mundo?
- **Frenos for future.** Parar la máquina. Con grupos autónomos de afinidad de pocas personas identificando y sabotando puntos clave de procesos contaminantes. Acción directa, conflicto, propaganda por el hecho. ¿Será esto suficiente? ¿Luchar contra cosas crea futuro?
- **Tomar las riendas.** Crear y afianzar redes agroalimentarias, energéticas y de convivencia. Gestión comunal, localización y democratización de la producción y el consumo. Fortalecimiento de los círculos de confianza amistosos, familiares y comunitarios de regalo, y de redes económicas confederadas que abastezcan de lo básico en lo local, conviviendo también con los intercambios con el mercado global mientras siga existiendo. ¿Será esto suficiente? ¿Vamos a ser capaces?
- **Desarrollo de una nueva mirada,** aprendiendo de lo ocurrido. Una nueva identidad para un nuevo escenario. No somos individuxs, somos parte. Colectivo, pueblo, humanidad, ecosistema, biosfera. Perteneceemos. Somos interdependientes y ecodependientes. Nos ponemos al servicio de la vida, con mirada periférica, superando nuestro ego, poniendo esfuerzo por el bien de nuestro entorno porque es lo que somos. ¿Será esto suficiente?

Hay tanto por crear. En las peores crisis la humanidad ha sacado la mejor versión de sí misma. Una puerta se cierra, otra se abre. Tenemos un reto que nos incluye a todos. La anarquía su oportunidad de propuesta fértil. A por todas. Salud, urgencia, optimismo y apoyo mutuo!

Ajo

NEO RURALIS

Monte
absurdo



biografía

Francesca Saperas i Miró



Barcelona 1851 – Barcelona 1933

Militante anarquista y anarcosindicalista española.

De padres profundamente católicos, se casó en 1869 eclesiásticamente. De sus más de 10 embarazos únicamente sobrevivieron 5 hijas: Salut, Antonieta, Mercedes, Maria y Estrella.

El sufrimiento que padeció en vida fue muy difícil de gestionar. Tras la muerte de su compañero y padre de su descendencia, Martí Borràs, acontecida tras un supuesto suicidio en unos calabozos en 1894, las desgracias familiares sólo hacían que comenzar.

Tras las condenas de 1897 en el Proceso de Montjuïc, Saperas y su hija Salut se vieron forzadas a casarse para no perder la custodia de sus hijas y sus maridos fueron condenados a muerte. A continuación, Saperas y su familia fueron expulsados de España instalándose en la ciudad de Marsella, Francia, en donde tenían bastantes contactos labrados durante años de luchas.

Saperas tenía su casa abierta a disidentes y perseguidas, como forma de contribuir al desarrollo de la lucha. En ese contexto se entiende que se apiadase de Francesc Callís, uno de los condenados del Proceso de Montjuïc, tras su liberación en 1900. Según Lola Iturbe, la relación con Callís fue breve, porque “harto de sufrir por las secuelas de las torturas, se arrojó por el balcón de un piso tercero en que habitaban.

Tras el suicidio de Callís y el continuo acoso policial, migró por unos pocos años a Buenos Aires, residiendo allí junto a su hija María y la familia de ésta: en 1919 embarcó hacia México, donde vivía su hija Salut y hacia 1923, regresa a Barcelona, a la misma casa que vivió con Callís. En esta ciudad vivió hasta su muerte.

Federica Montseny afirmó que Saperas fue la madre de los anarquistas, para ella, su vida fue fuente de tragedia y símbolo del anarquismo más popular, el más alejado de los grandes nombres, aquel que representaba a las bases de la militancia anarquista.

Saperas fue algo más que una “madre” para los anarquistas. Fue una de las integrantes de los primeros grupos anarcocomunistas catalanes en la década de 1880. Siendo reconocido en medios propagandísticos su dedicación a la distribución y venta de periódicos y libros, al tiempo que debió ejercer otros roles como hacer de enlace entre grupos, pasar material a los compañeros presos, etc

Durante los años 20 su salud se afectó por una parálisis y 1929 se organizó una comisión para ayudarla.

Murió el 21 de agosto de 1933 en Barcelona, Cataluña (España) a los ochenta y dos años.

estira y arrolla

El sol aparece por encima del Turbón cuando Marta sale del gallinero con la prisa habitual de los miércoles, día de cocer el pan. Deja los huevos en casa, se lava las manos y desciende los escalones de piedra hasta la planta baja. Dentro de la cocina hay un pequeño y antiguo obrador al que atiza la leña. Pone la olla en el fogón y pasa el trapo a la mesa, sobre la que coloca un cuenco con levadura y otro con sal rosa del Himalaya. Está casi a oscuras, apenas una bombilla de sesenta y el fuego donde hierve el agua, no necesita más.

Para sumar ingresos Marta cuece pan de distintas variedades todos los miércoles y al día siguiente los vende en el mercado de Barbastro. Allí se encuentra cada semana con una clienta que, los años y la naturalidad, han convertido en su mejor amiga:

—¿Que te echa? ¿Cómo que te echa, nina? De esta gente que lo hace todo en negro no te puedes fiar —le había dicho Berta el jueves anterior.

—Sí que puede. El contrato fue para diez años y han pasado quince —aclaró Marta.

—Mira que pagarle el alquiler durante tantos años en B... Ya hace dos años que don Primitivo murió y el hijo es de otra pasta. ¡No tiene derecho!

Marta llegó al pueblo tres lustros antes. El alcalde de entonces, había publicado un anuncio en el que buscaba una familia con hijos para mantener la escuela abierta. Tras un divorcio traumático, Marta aceptó marcharse de Valencia creyendo que el ambiente rural beneficiaría la educación de sus hijos, entonces tres niños. Se asentó en Lkert, en una de las casas del alcalde, por un alquiler testimonial y el encargo de mantener en marcha aquel bar en la planta baja, de ingresos escasos, pero esencial para la vecindad según don Primitivo.

La llegada de Marta y sus hijos había permitido que las partidas de guiñote siguieran celebrándose todos los días a cambio de cuatro cafés y dos vinos y se organizara un baile en el local los sábados por la noche después de cenar. También, el funcionamiento del colegio durante unos años, suficientes para que las nietas del alcalde alcanzaran la edad de ir a estudiar a la capital. Ahora todo está cambiando, Marta presiente que los retos del pasado vuelven a su vida para volteársela una vez más.

«No tiene derecho». Marta ha dado comienzo al ritual de los miércoles con esas tres palabras de Berta rondándole el alma desde la semana pasada. Ha dispuesto los mol-



des en el extremo más próximo al horno, notando el frío del acero inoxidable en la punta de los dedos, últimamente esa frialdad le hace pensar en el futuro. Después de colocar cuatro boles en paralelo para cada una de las harinas vuelca la blanca de trigo Aragón 03 en el mayor, se pinza la nariz para no estornudar y, reprimido el reflejo, procede con la integral de la misma variedad. En los dos más pequeños y alejados, el trigo sarraceno y el kamut. Una vez el agua ha hervido, disuelve la levadura, vierte la mezcla sobre la harina blanca, esparce pizcas de sal entre el vapor como si la bendijera y transmite el peso del cuerpo a las manos, comenzando a amasar. Estira y arrolla —¿tiene o no tiene derecho?—, estira y arrolla.

—Te pillo con las manos en la masa, ¿eh, Forana? —La voz de Segismundo interrumpe sus cavilaciones sin avisar. «Este se cree que todo el pueblo es suyo».

—Un día me vas a matar del susto —responde Marta con un gesto de fastidio que el casero no alcanza a ver—. Qué te trae por aquí, no me dirás que a estas alturas quieres pan ecológico.

—No, ya sabes lo que quiero. Vas a tener que mirarte otro forno y otra casa.

—Le suelta sin preámbulos, gesticulando con los brazos, señalando las vigas del techo y las sombras del bar—. Este casilizio será un hotel rural y eso d'allí atrás un restaurán.

—¿Y qué pasa conmigo y con la palabra de tu padre?

—Este mes no cal que me lo pagues, Forana, es todo lo que puedo hacer.

Ahora l'alcalde soy yo y tamién el responsable de la casa, ya te dije que quería montar un negocio, llenar esto de turistas que son quienes dan perretas, los que traen prosperidad a los llugars. Los inversores no esperan. Está decidido y tú, avisada; estoy en mi derecho, tienes un mes pa mirate otro sitio —Segismundo echa un vistazo a aquellos boles en formación negando con la cabeza y sin decir adiós cruza el bar atropellando a una silla antes de llegar a la calle.

Marta escucha el quejido de la silla con los ojos cerrados y el alma zanzanada tras las palabras del alcalde: «estoy en mi derecho». Se afana en la mezcla. Estira y arrolla. La estira y arrolla con ímpetu como si esta tuviera la culpa, como si amasara las palabras de Berta con las del alcalde, los derechos de unos con los de otros, y lo hace hipotecando las pocas fuerzas que le quedan para volver a empezar: «tienes un mes».

Con las tres primeras hornadas envueltas ya para la venta sobre la barra del bar, comparte almuerzo con las personas más cercanas desde que se estableció en el pueblo, mientras en el horno crece la última tanda de pan: Berta ha venido desde Barbastro, tras su llamada, y Ahmed, alguacil del pueblo, ha interrumpido la poda en cuanto ha recibido el recado. Están solos en el bar, a media mañana no suele pasarse nadie y Marta les ha ofrecido pan de kamut recién horneado y una Nocilla con dátiles, cacao, aceite de coco y anacardos, que ha preparado mientras los esperaba. Según comentan la combinación está para chuparse los dedos:



—¡Qué bien huele, nina! Esta Nocilla no deja de sorprenderme cada vez que la pruebo —dice Berta.

Por encima del moño de su amiga, Marta está contemplando las mesas y sillas donde normalmente atiende a los vecinos del pueblo, hoy esos muebles le parecen lo que son: reliquias del siglo pasado.

»¡Nina, despierta que estás encantada!

—Y pensar que cuando vine tan apenas cocinaba. Con tiempo y ganas cualquiera aprende —dice Marta, tras interrumpir sus recuerdos.

—¡Esa es la actitud, mujer! —le anima Berta.

—¿Tan mal me ves? Supongo que motivos tienes, porque en cuanto el Segis me eche de aquí, estas me quedarán —dice abriendo las manos—. Ni casa, ni trabajo. Y ahora no tengo la edad de antes, a ver a dónde voy yo con cincuenta y pico. Cuando vini-mos, hace quince años, se nos abrió esta puerta y otra se nos habría abierto de haberlo necesitado, pero ahora quién va a contratar a una señora que le queda nada y menos para la jubilación. Y es normal, hasta los jóvenes tienen que irse de los pueblos. Mirad si no mis hijos o las hijas del Segismundo. Ya están en la universidad y no volverán, os lo digo yo, como mucho algún fin de semana en verano, aquí no hay oportunidades ni entretenimiento, de qué habría de servirles lo que han estudiado.

—Bueno, esto pasa aquí en pueblo y en otros, no voy a negar, pero también pueblos donde los jóvenes después de ir a ciudad o viajar por mundo, vuelven con todo lo aprendido para ponerlo en prácticum en pueblos, porque valoran bueno de vivir en ambiente rural —dice Ahmed, pasándose la servilleta por los labios.

—Puede ser, a mí me encanta vivir aquí y se me agarrota el alma solo de pensar en volver a la ciudad; sus prisas, sus humos, sus ruidos...; sus comidas tan poco saludables. Yo no cambio estos almuerzos, ni por eso, ni por todo lo bueno que también pueda tener la ciudad, nada puede compararse a la alegría de cosechar los huevos de mis gallinas cada amanecer, ni a las cosas que he aprendido a hacer con las manos en estos años, ¿por qué? —se pregunta golpeándose un par de veces la frente—, porque he tenido tiempo para pensar, para madurar como persona. En Valencia esto hubiera sido imposible a la sombra de tantas cosas. ¡Todo esto es fruto de la creatividad! —Señala el pote con la Nocilla sobrante, las acuarelas en la pared trasera por encima de la barra de roble y las hornadas de pan listas para venderse—. Son casi como mis otros hijos.

—A mí me parece una canallada que te eche a pesar de la palabra que te dio su padre, en paz descanse; además, los alquileres con los esquidores por aquí van a ponerse por las nubes —dice Berta.

—«Podrás seguir siempre que cumplas, entre vecinos los pactos son desde la confian-za», eso me dijo don Primitivo cuando llegamos y lo que decía iba a misa.

—Una pena grande que hijo de él no respete pactos —dice el alguacil.

—Tú siempre has cumplido, Marta, con el bar y con el alquiler, que aunque sean cuatro chavos tendría que declararlos. Que Hacienda somos todas. Lo mismo hace con los campos, conozco al perito que le rellena los cuadernos y siempre me dice que el Segismundo es un auténtico trapalás —señala Berta.

—Volviendo tema: Marta, si no quieres dejar casa de tú, hay opción —Berta levanta las cejas, mientras la anfitriona suspira y les pregunta si quieren café—. Casa es terreno rústico —continúa Ahmed cortando el aire con los dedos para señalarle que tomará un cortado—, es decir, construcción ilegal, como serán apartamientos y restaurante que Segismundo quiere. Además, cosa a favor, promotora con la que habla alcalde es la misma que quiere construir pista de esquí. En cuanto vean problema, voilà. Interesa pista de esquí, es negocio gordo, terrenos para hotel hay en muchas partis. Si tú dispuesta, con buen abogado, ganas.

—¡Lo sabía! —grita Berta, palmeando la mesa de la que saltan unas cuantas migas ecológicas—, un trapalás.

—Yo también lo sé —habla Marta arrastrando la voz—. Hace años pedí una copia en el Registro para una beca del mayor y el terreno aparecía como rústico. Se lo comenté a mi ex, que como sabéis es abogado, y me dijo que si en algún momento hiciese falta, con una buena negociación lo teníamos casi ganado. Pero una cosa es que el Segis quiera aprovecharse de la circunstancia, saltándose a la torera la promesa de su padre, y otra muy diferente, que yo meta abogados por medio, juicios y demás. Al fin y al cabo, los terrenos son suyos...

—Sí, pero es que está jugando con tu futuro, Marta. —Berta no aguanta más e interrumpe en esos reparos que le suenan a las correrías de don Quijote—. ¡¿Es que no lo ves?!

Las palabras de su amiga aún cortan el aire cuando Marta se levanta a comprobar cómo va el pan y preparar los cafés. La puerta del bar se abre y el cartero le entrega un certificado después de hacerle firmar el acuse de recibo.

—Es del Juzgado de Boltaña: «Juicio el día cinco de diciembre» —lee Marta alzando la voz con una mirada afilada en la cara—: «el propietario don Segismundo Alierta Grasa», «inquilina doña Marta Vicente Chover», «orden de desahucio», «VEINTICUATRO MENSUALIDADES ADEUDADAS»...

—¡Será cabrón! ¿Te das cuenta, nina?



LAS MUJERES
NO SOMOS

TERRITORIO
DE CONQUISTA

series, distopías, rebeldía, capitalismo y adicción

Lo ha vuelto a hacer. El capitalismo ha sabido adaptarse de nuevo, darle la vuelta y salirse con la suya. En apenas 6 años, hemos pasado de una inmensa mayoría de la gente que descargaba películas y series sin ningún problema, a otro muy distinto, en el que **lo raro es no pagar alguna plataforma de streaming.**

Lo ha logrado y tenemos a una mayoría acomodada pagando religiosamente su cuota mensual, para obtener su dosis de soma. Porque, no nos engañemos, aunque algunas valoren el aportar su grano de arena al mundo audiovisual y colaborar con sus creadoras, la mayoría lo hace por la comodidad de sentarse ante una pantalla y darle al play.

Vamos a analizar este fenómeno, así como el de las series “revolucionarias”, que nos hacen empatizar con revueltas y disturbios y también el del género de las distopías.

El **consumo de series de televisión** ha experimentado un cambio con las nuevas plataformas, que permiten consumir todos los episodios seguidos. Esta disponibilidad inmediata ayuda a que nuestro sistema nervioso del refuerzo, que tolera mal la demora, se active y que la persona pueda ‘engancharse’ con mayor facilidad. Además, **ante una maratón de series, el cerebro genera dopamina**, una señal química relacionada con el placer. Una recompensa natural que refuerza la relación con esa actividad y que produce sensaciones positivas para continuar con esa tarea.

Al ver una serie se activan las mismas áreas en el cerebro que cuando vivimos una experiencia real. Las usuarias se identifican con los personajes, se sienten atadas emocionalmente y se preocupan por los

conflictos que viven.

Algunos informes sugieren que, después de un atracón de series, las personas pueden sentirse físicamente exhaustas y con un estado de ánimo emocionalmente bajo. Se podría asimilar en cierta medida a las consecuencias conductuales del consumo de algunas sustancias psicoactivas.

Según una encuesta, 7 de cada 10 personas del estado español son “adictas” a las series. Un 41% afirmaba dedicar al menos una hora y media al día y casi un 30% más de dos horas diarias. El 66% admitía no poder evitar seguir viendo series aunque sepan que pierden horas de sueño y el 35 % que había cancelado actividades con familiares o amigas debido a la misma razón. **Una alienación invisible del tiempo del ocio que se sustenta en el deseo colectivo de evadirse de una realidad amarga y pesimista.**

La **adicción** a las series, no obstante, **existe**: es una adicción conductual, es decir, no relacionada con ninguna sustancia, sino con actividades (como sucede con internet, videojuegos, el trabajo, deporte, compras, etc.). El caso es que “todas las adicciones comparten las mismas cuatro características, relacionadas con una gran liberación de dopamina:



- **1. Uso excesivo:** se pierde la noción del tiempo
- **2. Abstinencia:** al fuerte deseo de ver la serie, lo acompañan “sentimientos de ira, tensión, rabia o tristeza si no se puede acceder a la plataforma donde se emite”.
- **3. Tolerancia:** para saciar sus deseos, se necesita cada vez más horas de visionado o apuntarse a más plataformas.
- **4. Repercusión negativa en la vida de la persona:** además de llegar tarde a compromisos, esta pérdida de control suele generar discusiones, aislamiento social, problemas de salud, falta de concentración, modificación del estado de ánimo...

Y también está la **presión social:** existen series que “hay que ver” lo antes posible, para estar siempre al día, para no quedar fuera de conversaciones.

distopías y revolución social

Generamos productos basados en una realidad extrema porque la realidad cotidiana es horriblemente plana, mediocre, aburrida, triste...

Y en esta vorágine de adicción y consumo, es donde irrumpen las series “contrahegemónicas”, revolucionarias y distópicas. Series que a priori se presentan como antisistema pero que en realidad esconden una ideología que desanima el sindicalismo y la acción social.

Tradicionalmente, **las utopías se concebían en los malos tiempos y las distopías en los buenos**, Porque nos gusta imaginar lo contrario de lo que vivimos, pero nuestros tiempos son todo lo contrario de buenos. **El mundo de hoy es complicado y amenazante, nos bombardean con titulares, en esa situación, la distopía funciona como sedante.**

¿Qué dice de nosotras tanto feedback distópico? **¿Por qué no hay series sobre utopías?**

Nos resulta más fácil imaginarnos como zombis absortos por el consumo y amenazadas por la destrucción del planeta que como seres liberados de cualquier régimen de explotación y alienación económica. Ante este panorama, el entretenimiento, ahora más que nunca, se ha convertido en un elemento de primera necesidad para paliar la insatisfacción social mediante la evasión.

¿El objetivo? **crear una sensación pesimista sobre nuestro futuro** de aquí a quince años para que, una vez llegados a ese tiempo, cuando nuestra sociedad no sea ni tan autoritaria ni tan despótica, y cuando no hayas perdido todos tus ahorros ni tengas que sobrevivir en casa de tu abuela con cuatro trabajos precarios, pero tengas cada vez menos libertades, menos capacidad económica y un solo trabajo por un salario que no te permita pagar tu alquiler de un piso en un barrio gentrificado, pienses que las cosas no están tan mal. En resumen, **crear un sentimiento de conformismo ante el cambio social.** Total, podía haber sido mucho peor tal y como estaban las cosas, así que **confórmate y no te muevas mucho.**

el problema eres tú, no el sistema

Por ejemplo, en Black Mirror el problema con las tecnologías se presenta como algo personal de las consumidoras, que no saben hacer buen uso de los avances y los vuelcan sobre sus vicios, traumas y maldades. Sin embargo, en ningún capítulo podemos encontrar una reflexión sobre las fabricantes de las nuevas tecnologías y la orientación con la que llegan al consumidor. Siempre es más fácil poner el foco sobre el individuo particular que sobre un entramado

económico que se está haciendo el dueño de la sociedad a través de las tecnologías de la información y la comunicación.

En series como MrRobot, claramente hay un grito a la acción individual, rechazando toda clase de organización colectiva para hacer frente a una sociedad injusta y despótica y realizar una revolución. No te asocies, no te syndiques, no participes en tu barrio, en movimientos sociales colectivos. Simplemente actúa individualmente, con la ayuda mínima de alguna persona que te deba un favor, pero sin tejer redes sociales complejas. Actúa desde tu casa, con tu ordenador, con tu móvil, pero no hagas nada que de verdad pueda hacer que sientas las cadenas y quieras cambiar tu sociedad. Simplemente, resígnate y desahógate desde tu pantalla.

Nos están ganando. **No somos capaces de crear contrapoder, productos audiovisuales de gran éxito y trascendencia social, sino que asumimos como contrahegemónicos productos que provienen desde la misma clase dirigente**, que nos los ofertan como un cebo antisistema y crítico contra sus propias bases, pero que detrás esconden un mensaje que termina calando y desmovilizándonos.

Las representaciones de un porvenir post-apocalíptico **responden a la inexistencia de relatos alternativos**, reforzando así la idea de que el sistema capitalista es el único escenario posible frente a la barbarie. Las ciudadanas de la sociedad de masas creerán vivir en el mejor de los sistemas posibles, porque se les priva del conocimiento de ningún otro. Teniendo en cuenta que este sistema capitalista también está en crisis, quizá en una sistémica, deberemos de suponer que este tipo de relatos constituyen

una especie de preparativo ante el advenimiento del apocalipsis.

El sistema permite un cierto margen de disidencia en tanto que le reporta beneficios económicos y una imagen de inclusión y benevolencia, pero está permanentemente alerta, listo para actuar con firmeza en el momento en el que el discurso comience a calar más de lo deseable.

¿Qué debemos pensar de un producto que glorifica al ladrón concienciado (La Casa de Papel) pero pertenece a Atresmedia, potente conglomerado industrial que durante algún tiempo entró en el turbio Ibex 35? Black Mirror está producido por Endemol, creadora del alienante Gran Hermano y otras telerrealidades. Tras la cual está Goldman Sachs, uno de los grupos de banca de inversión y valores más grandes del mundo. Tras Mr. Robot está Comcast Corporation, propietaria de NBC Universal que posee a USA NETWORK. Además de producir televisión, Comcast provee internet y telefonía a Estados Unidos y Latinoamérica. Netflix pertenece, entre otras, a BlackRock, el fondo buitre de inversión más grande del mundo. **Empresas todas estas nada interesadas en un cambio social o económico, y mucho menos en una “revolución”**. El capitalismo no teme dar alas a quien le cuestiona... si atrae a millones de seguidoras, millones de clientas. **La disidencia es otro nicho de mercado.**

También podríamos hablar extensamente sobre las **consecuencias ecológicas de este consumo**. Por poner un ejemplo, Netflix representa más de un tercio del tráfico de Internet en los Estados Unidos. La transmisión y visualización de servicios de streaming, libera alrededor de 100 millones

de toneladas de dióxido de carbono cada año. Esto corresponde a aproximadamente el 0.3% de las emisiones globales. El uso de tales servicios de video libera aproximadamente tanto CO2 por año como el estado de Bélgica.

Resumiendo, son muchas las autoras que alertan del peligro de las distopías; la atracción de la audiencia a ellas las hacen un negocio ideológicamente muy rentable. Sus narrativas catastrofistas sobre el futuro retroalimentan el sentimiento de que ya es demasiado tarde para actuar, liberándonos así de la obligación de preocuparnos por algo que simplemente no está en nuestra mano cambiar.

Hay bastantes motivos para sentir inquietud ante el éxito taquillero de las distopías. Primero porque el catastrofismo es el mejor amigo del fascismo. Segundo, porque cuantas más películas, teleseries, novelas bestseller, documentales sobre el futuro apocalíptico, más vamos

convirtiéndolo inconscientemente en un desenlace inevitable.

Una cultura más sana que la nuestra estaría creando contenido sobre un nuevo mundo basado en sistemas locales de producción de alimentos, energías renovables, redes de apoyo mutuo, autonomía colectiva y comunitaria...

Una sociedad más sana, estaría viviendo sus propias vidas, en lugar de evadirse en los productos que las empresas nos ponen encima de la mesa. En lugar de vivir las vidas prefabricadas de personajes direccionados. Estaría creando utopías, otros mundos posibles, o en su defecto aprendiendo de los modelos de quienes ya caminan hacia allá. De quienes tienen tanto que compartir de su experiencia, en lugar de experiencias irreales y ficticias.

Podemos evadirnos de mil formas, sí. Y a veces es necesario. Pero está bien ser conscientes de hacia dónde nos llevan algunos modelos de evasión y elegir en consecuencia.

HAY QUE IR DESCONECTANDO, ¿NO?





¡CONTRA LA PRESENCIA CONSTANTE DE CELULARES Y A FAVOR DE LA ESPONTANEIDAD!

En estos tiempos, casi todos a nuestro alrededor están constantemente acompañados de un teléfono móvil (sea "smart" o no). Los teléfonos demandan una presencia dominante en nuestro cotidiano y en nuestros encuentros con todo lo que nos rodea. Constantemente nos fuerzan su entrada en nuestras vidas y estamos constantemente creando material de salida para policías y compañías. Este universo paralelo en nuestros bolsillos nos distrae de las actividades en el mundo real y deja casi nada de espacio para el hacer y más que nada, para el experimentar conscientemente.

Debido a la constante presencia de celulares ya nada es espontáneo. Todo lo que hagamos puede ser comprobado por adelantado. Sabemos cuándo nuestros amigos están yendo a algún lado, dónde están o dónde estarán. Esperando el tranvía, no le damos atención a las cosas que están a nuestro alrededor que podrían asombrarnos, estimular nuestra creatividad o darnos algo inesperado. El tiempo que no queremos desperdiciar haciendo "nada" – que creemos que prevenimos mirando el celular – nos llena de vacío y apatía.

La creatividad, la espontaneidad y el cuestionamiento no son solo valiosos para nuestra vida personal y nuestra felicidad, sino también para diferentes formas de lucha. ¿Cómo podemos hacer planes de rebelión o cambiar el mundo si no nos tomamos el tiempo para experimentar lo que realmente pasa a nuestro alrededor? Necesitamos considerar lo que queremos, nuestros deseos y lo que queremos destruir. Aunque gran parte de este mundo también es visible en Facebook o Instagram, no es donde tendrán lugar las verdaderas luchas – porque no son el mundo real. Dado que este ambiente virtual ha sido creado por el estado y las multinacionales,

que continuamente lo monitorizan y manipulan, es evidente que este ni es seguro ni nos pertenece a nosotros. No deberíamos atribuirle demasiado valor a estas estructuras en términos de organizar cosas.

Cuando nuestra comunicación tiene lugar principalmente en las rutas dictadas por empresas y el estado, no podemos hablar sobre ni desarrollar estrategias sobre cómo queremos combatirlos. Todos sabemos que los celulares son intervenidos y rastreados, y aun así mucha gente continúa llevándolos sistemáticamente a acciones. Además de sus funciones como micrófonos o GPS, los celulares tienen mucha información sobre nuestras vidas, contactos y redes. Por lo tanto, deberíamos ser extremadamente conscientes de lo que puede suceder cuando terminan en las manos equivocadas.

Entonces – confía en vos mismo (vas a encontrar el camino sin el Google Maps y si no, sin duda encontrarás algo). Si cada vez más personas no tienen celulares y se mueven por la ciudad sin él, la calle estará más llena, y conocerás más personas y viajarás más seguro con ellos. Realmente no necesitas tu celular en todo momento.



Caracol o babosa dejan su camino por tu cuerpo.

Yo lo sigo, queriendo perderme en su brillantez. A veces me despisto y ya no veo el lento transitar en el que estaba. Entonces, me pongo a platicar con hormigas, libélulas y demás seres.

Tan raudo todo. Tan rápidos los tiempos, tan de lado mis intentos de adaptación y tan inadjetivable el ruido.

Entonces, algo me llama la atención. Miro y observo.

Veo caracol. Le sigo y vuelvo a ese bosque, esa selva, ese río que eres tú. Respiro hongo y respiro hondo, siento tu humedad y me tumbo queriendo ser liquen.

Puntitos de colores, caricias de pasto relampagean mi cuerpo. Sonrío al sentirte, al verte llorar resina y quiero verte crecer.

Mirar las hojas, seguir tumbades. Llorar resina y quiero verte crecer. Mirar las hojas, seguir tumbades.

Entonces, me voy.

Y no puedo vivir sin ti. Todo esto para acabar con una camiseta que diga: «romantique deconstruyéndose/ échame una mano primi»



Escatizar

Fanzine Libertario del Pirineo Aragonés
pirineosalvaje@riseup.net
escatizar.noblogs.org